

Homilía en la ordenación de presbíteros: Rafael Galván, Daniel Robledo, y Richard Martínez.
19 de septiembre de 2020. Catedral de Cádiz

Querido pueblo santo de Dios, sacerdotes, rectores y formadores de los seminarios diocesanos, cabildo catedral, concelebrantes, diáconos, consagrados, laicos, familias, jóvenes, etc.; queridos seminaristas y ordenandos, Daniel, Rafael, Richard y vuestras familias:

Estamos de enhorabuena y damos gracias a Dios por ello. Cada uno de vosotros os acercáis a Dios con temor para ofrecerle de nuevo vuestras vidas. Cada una esconde en su historia un pequeño misterio —en realidad un gran misterio— de amor de Dios y de elección. Es el secreto de la vocación, que a veces nos parece incomprensible a los que miramos desde lejos. Habéis tenido vidas normales pero el Señor se cruzó en ellas y os llamó. “Iras donde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene No temas porque yo estoy contigo” (Jer 1, 8s). Le habéis seguido y os ponéis en manos de la Iglesia que ha modelado vuestro corazón para ser semejantes al Buen Pastor.

Nuestro Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios, es sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec, y ha llegado a ser “causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Heb 5,10). Solamente en él se comprende el sacerdocio de sus ministros, los presbíteros. El sacerdote es aquel que “encarna la presencia de Cristo, testimoniando su presencia salvífica” (cf. Benedicto XVI, *Carta de proclamación del Año sacerdotal*), es decir, encarna a Jesús —el Buen Pastor que ha dado la vida por nosotros—. Su misión es conducir a los fieles a la vida verdadera, a quien es la vida «en abundancia» (Jn 10, 10). Por ello, queréis uniros cada vez más estrechamente a Cristo que se ofreció al Padre y consagraros a Dios junto a él para la salvación de todos los hombres. Queréis dar la vida, como Jesús (Jn 10, 11). Como ha dicho Francisco, “el sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas” (Papa Francisco, Homilía en la Misa Crismal, 17 de abril 2014). El sacerdote es, de hecho, alguien que es introducido de un modo singular en el misterio de Cristo, con una indispensable unión personal a él, para prolongar su misión como salvador del mundo.

Jesús dice a Pedro: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21,18). El presbítero está llamado a vivir en sí mismo lo que experimentó Jesús en primera persona, esto es, entregarse plenamente a la predicación y a la sanación del hombre de todo mal de cuerpo y espíritu, y después, al final, resumir todo en el gesto supremo de «dar la vida» por los hombres, gesto que halla su expresión sacramental en la Eucaristía, memorial perpetuo de la Pascua de Jesús. Estáis llamados a ser altar de Dios. Sólo a través de esta «puerta» del sacrificio pascual los hombres y las mujeres de todo

tiempo y lugar pueden entrar a la vida eterna; es a través de esta «vía santa» como pueden cumplir el éxodo que les conduce a la «tierra prometida» de la verdadera libertad, a las «verdes praderas» de la paz y de la alegría sin fin (cf. *Jn* 10, 7. 9; *Sal* 77, 14. 20-21; *Sal* 23, 2). Esta es la escuela del amor y de la entrega sacerdotal.

El Señor va a *ungir vuestras manos* porque quiere utilizarlas para entregar su amor a los hombres y que sean manos al servicio de la vida, de la alegría y de la esperanza de los seres humanos. Para servir mejor a los hermanos habéis de ser, por el amor y la entrega, expertos en humanidad, para llegar, como el Señor, a los dolores, a las heridas y a las pobrezas espirituales y materiales de las personas. Sed sacerdotes con un sueño misionero en el corazón. “La misión no se basa en ideas ni en territorios, sino que parte del corazón y se dirige al corazón. Son los corazones los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios” (Benedicto XVI, Homilía en la misa de la Avenida de los Aliados, Porto, 14 de mayo de 2010). Los pobres os esperan, los necesitados os requieren, los afligidos, heridos de la vida, los perdidos en la existencia os reclaman, y el Señor en cada uno de ellos.

Permitidme que os exhorte en este momento: Vivid enamorados de Jesucristo y que os distinga el amor apasionado por el. Decidle cada día como Pedro: “tu sabes todo, tu sabes que te amo”. Que nunca os falte el fervor que brota de la oración, de la propia confesión de los pecados, de la adoración del Santísimo, de la liturgia de las horas. Pedid a diario ese celo apostólico que brota del amor apasionado a Dios y a los hombres, porque no somos funcionarios, no podemos conformarnos con prestar un servicio burocrático. Que arda vuestro corazón por llevar a todos a Dios, por dar a conocer ese amor de Dios que se ha manifestado en Cristo y que es como fuego del Espíritu Santo. Preparad en la oración vuestra predicación dejándoos herir por su Palabra. Que el Señor brille siempre más que el ministro de modo que vuestra palabra no ocupe un lugar excesivo y sea el Señor quien haga arder los corazones. Cuidad siempre la comunión leal con vuestro obispo y la hermandad sacramental con el presbiterio. Poned todo vuestro interés en fomentar y vivir la fraternidad sacerdotal; frecuentad la relación con amigos que buscan la santidad, porque os harán progresar y crecer, sin contaminaros con los criterios del mundo y sus intereses. Curiosamente los santos de cada época se atraían unos otros, se encontraban y se edificaban con sus palabras y ejemplos, animándose a la virtud y a la entrega. No abandonéis ni descuidéis por nada del mundo la formación permanente.

Que la caridad sea vuestro único apoyo, la fuerza que viene de lo alto, que nos santifica y nos vuelve aptos para el apostolado. Vivid un ministerio consolador para los demás, paternal, capaz de ofrecer comprensión, misericordia y ternura. La paternidad del sacerdote se experimenta dejando espacio a la paternidad de Dios. Mostrad en vuestra vida la felicidad paradójica de las bienaventuranzas que se realiza incluso en las lágrimas, en el sufrimiento, cuando se participa de la vida de Cristo. El seguimiento de Cristo es el secreto de la felicidad porque nos hace gozar ya de intimidad con el Padre, pero es una felicidad que se encuentra cuando

no se busca, cuando se pierde la vida por amor al Señor. Suplicad a la Virgen, Nuestra Señora, la gracia de saber imitarla a ella en esa disponibilidad, --“he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”— porque “no hay fruto de la gracia, en la historia de la salvación, que no tenga como instrumento necesario la mediación de Nuestra Señora” (Benedicto XVI, el 11 de mayo de 2007). Ella nos protege y acompaña, y nos da la pauta para nuestra conducta como miembros de la Iglesia, de esa total disponibilidad para hacer la voluntad de Dios.

Queridos hermanos: debemos orar por los sacerdotes y cuidar constantemente de su vocación. Pidamos para que cada día renueven su “sí, quiero, con la gracia de Dios”. Que cuando el peso de la cruz se haga más duro, sepan que es la hora más preciosa, para ellos y para las personas a ellos encomendadas cooperando con Cristo en apacentar sus ovejas. Que nos recuerden con su vida la llamada urgente a la santidad, a ser evangelios vivos en medio del mundo, libres del contagio del pecado, ya que por el bautismo hemos sido hechos templos de Dios. Demos gracias a Dios por nuestros sacerdotes, que nos llevan a Cristo, mejoran el mundo, transmiten fe y dan esperanza a los demás. Y oremos por las vocaciones sacerdotales para que Cristo se siga haciendo presente y actuando entre nosotros con su palabra y santificación. Amigos jóvenes: dejad que Cristo, el mejor amigo, seduzca vuestro corazón y os llene de alegría. Descubriréis que nada os hace tan felices como servirle, haciendo de la vida una aventura de amor que hace felices a los demás. El mundo lo demanda, la iglesia os anima y nuestro Señor os lo pide y susurra a vuestro oído, “¿me amas?”, “apacienta a mis ovejas”.

Oremos juntos, demos gracias a Dios porque sigue haciéndose presente y actuando a través de sus sacerdotes. Que nos bendiga a todos el Señor. Amen.